

POMPEYA AÑO 79 d.c.

Robert Harris

Pompeya: perla de la bahía de Nápoles,
 reposo y ocio de los más afortunados.
 Y dominándola, el Vesubio:
 el más imponente de los volcanes, un peligro mortífero.

<p>¿Qué relación hay entre la fertilidad de la tierra y las cenizas?</p>	<p>Marco Atilio Primo había sido designado por el César para el mantenimiento del acueducto Aqua Augusta. El acueducto tenía una importancia estratégica para el Imperio, se le llamaba el cordón umbilical, y ya 4 generaciones habían sido necesarias para su construcción. Traía agua desde los Apeninos hasta el sur de Italia.</p> <p>Atilio escaló y llegó a lo alto de la colina desde donde una maravillosa vista del volcán y del valle fértil se abrió ante él. En esta ocasión su grupo de trabajadores no quisieron acompañarlo: Corax, el jefe del equipo, había dicho “Los gigantes viajan por el aire del Vesubio y sus voces son como truenos”. Se sacudió la tierra roja y la ceniza negra de la túnica, esa misma ceniza que daba riqueza a la tierra. Continuó lentamente el ascenso por la ladera del volcán.</p> <p>Desde el principio del verano los habitantes habían observado una serie de hechos muy extraños y habían empezado a hacer sacrificios de corderos. Atilio, por el contrario, pensaba que las grietas en el acueducto, el olor a azufre del manantial y la muerte del ganado de Polites el viejo estaban relacionadas con el volcán. Por eso no se sorprendió tanto cuando de repente notó, a través de sus sandalias, el calor del suelo. Entonces advirtió que tampoco había visto lagartos ni aves.</p>
<p>¿Cuál es la causa de la muerte del ganado?</p>	<p>Trepó por el borde de la cima y se asomó al techo. La cumbre no era el afilado pico que se divisaba desde abajo, más bien era una llanura irregular de roca negra. Al menos 3 columnas de vapor grisáceo se alzaban del suelo, siseando en el silencio, con su inconfundible olor nauseabundo a azufre. La brisa lo empujaba suavemente hacia Pompeya. Ese lugar, se dijo Atilio, era el corazón del diablo. Intuía algo gigante y perverso. Se le podía llamar Vulcano, se le podía adorar como a un dios, pero en cualquier caso resultaba una presencia tangible. Se estremeció.</p> <p><u>Hora cuarta (10:37) Reunión de los magistrados:</u></p>
<p>¿Cual puede ser la magnitud de este primer temblor?</p>	<p>Los magistrados fueron convocados con urgencia por Popidio. Popidio traía los trabajos del geógrafo Estrabón, que viajó por las tierras del Vesubio pero también del Etna en tiempos del Divino Augusto. Según él, el Vesubio estaba mostrando los mismos signos que había dejado percibir el Etna antes de explotar. Entre todos los magistrados, Ampliato era el más reticente a la idea de que semejante catástrofe pudiera ocurrir, además no sabía leer griego, así que estaba plenamente convencido que había que recordar al pueblo las predicciones favorables de la Sibila. Al fin y al cabo, las nuevas cenizas, los pequeños terremotos y las fumarolas apestosas formaban parte de sus vidas desde los tiempos de Rómulo.</p> <p>Finalmente, se pusieron de acuerdo en celebrar la ceremonia del sacrificio y la ofrenda dirigida por la Sibila. Brindaron sonoramente, pero al dejar sus copas sobre la mesa observaron estupefactos como estas se desplazaron poco a poco hasta caer al suelo. Contemplaron las losas estúpidamente. Bajo sus pies, el temblor fue aumentando, y súbitamente, una racha de aire caliente cruzó la sala, lo bastante fuerte para empujar las contraventanas. Un instante después, lejos pero con gran claridad, llegó el estruendo de una doble explosión.</p>
<p>¿Y la intensidad?</p>	<p><u>Hora sexta (12:57)</u></p> <p>Ampliato salió a la calle con los magistrados. De la vecina panadería y por toda la calle, la gente salía para contemplar el Vesubio, cubriéndose los ojos. La columna de humo negra se hacía más y más ancha. Alguien gritó que el viento la empujaba hacia la ciudad. Poco a poco, los gritos se fueron haciendo más generales. Muchos comenzaron a correr hacia sus casas, de las calles laterales la gente comenzó a formar una masa compacta. El gentío empezaba a dar la espalda a la montaña y a mirar al mar. Su único instinto era ¡escapar!. Ampliato tuvo una fugaz visión del pálido rostro de su esposa en el umbral, pero de inmediato fue rodeado por la multitud que huía, volteado como aquellos monigotes de madera que empleaban para practicar en la escuela de gladiadores. Muchas de estas personas caían, y los que lo hacían no podían volver a levantarse, pero no fue nada comparado con el paso de aquella muchedumbre apretándose para pasar por la puerta de Stabiasna.</p>
<p>¿Qué es el humo?</p>	<p>Ampliato logró sobrevivir al paso por la puerta, pasando sobre lo que era ya una montaña de cuerpos</p>

<p>¿Qué nombre reciben estas piedras?</p>	<p>acumulado en ella. Alzó la mirada por encima de las cabezas del río de gente hacia la montaña, pero ya no la vió. Un gigantesco muro, una negra nube avanzaba hacia la ciudad. Pero no era una tormenta, y lo que cayó no fue agua sino una atronadora cascada de piedras. Miró rápidamente en dirección opuesta: había que hacerse a la mar y conseguir escapar sobre un barco. Pero el río humano también buscaba allí refugio.</p> <p>Las piedras continuaron cayendo sobre la cabeza y los hombros, parecían rocas esponjosas, blanquecinas y petrificadas. No eran pesadas, pero hacían daño. Tenían el tamaño del puño de un niño. Entonces la luz se desvaneció del todo y en la oscuridad no se oyeron más gritos: sólo la rugiente lluvia de piedras.</p>
<p>¿Qué tipo de volcán es el Vesubio?</p>	<p>La población alcanzó la calzada de la costa, con un aspecto lastimero cubiertos de polvo gris, con el polvo apelmazado y los rostros salpicados de sangre.</p> <p>Curiosamente, cuando la muchedumbre alcanzó la calzada, se hallaban ya fuera de la nube, y el sol brillaba con fuerza, y los vendedores de dulces y vino preguntaban “¿Qué está pasando en Pompeya?”</p>
<p>¿Qué tipo de magma libera el Vesubio?</p>	<p>Del lado de los olivares les llegó un estruendo. En el otro lado, el mar empezó a bullir con una miríada de salpicaduras. Se oyó también en la carretera un golpeteo de piedras. Los caballos que por ella avanzaban se negaban a seguir avanzando. De repente, el borde de la nube, que parecía haber quedado muy atrás, se abalanzó sobre ellos. El cielo estaba negro y surcado por pequeños proyectiles y Atilio se vió bombardeado por todas partes. No se trataba de piedras sino de blanquecinos fragmentos de escoria, pequeñas bolas de ceniza petrificada. Las antorchas de los que aún no las habían apagado se apagaron bajo el bombardeo. Los fugitivos comenzaron de nuevo a correr aterrorizados. Los comerciantes habían abandonado sus tenderetes.</p> <p>Mientras tanto Plinio el Viejo, el ilustre filósofo y naturalista, había recibido la información desde Nápoles y había conseguido unir su “Minerva” al resto de la flota del emperador. Pero la flota que había viajado rapidísimo en formación de “V” paró: una barrera de piedras explotaba sobre el mar. Las proas y las velas de los barcos se tornaron borrosas y el aire se llenó de sibilantes proyectiles.</p>
<p>¿Qué es esta bola de fuego?</p>	<p>Sobre el “Minerva”, Plinio comenzó a gritar a los aterrados marineros “hay que acercarse, hay que salvar la biblioteca de Herculano!”. Los hombres corrían por la cubierta en la penumbra. Una bola de fuego descendió violentamente de los cielos, tocó el mástil y descendió por él para después precipitarse al mar.</p> <p>Las escorias empezaban a acumularse sobre el barco. Algunos marineros habían sido asignados para variarlo pues el peso hacía ya hundirse ligeramente el barco. La liburna cabeceaba y se escoraba porque las olas estaban ya recubiertas de piedras. A medida que se acercaban a la costa, la capa de piedras se iba haciendo cada vez más espesa. Medía ya un metro y las palas de los remos azotaban impotentes la superficie. Dejaron el barco derivar hacia la lluvia de piedras. Las planchas crujían mientras la presión de las piedras cercaba el barco. No quedó otra cosa que hacer que bajar a la bodega y cerrar la escotilla. Al cabo de una hora, el incesante martilleo de la lluvia de piedras, ensordecedor al principio, se iba amortiguando a medida que la capa crecía. En la oscura bodega la respiración se hacía difícil junto a los 200 marineros. Ellos se hundían en el mar de rocas. Justo cuando ya no tenían esperanza, el barco escoró en la arena. Plinio salió de la bodega, oteó el horizonte y gritó a los marineros “marineros de Roma, salid y montad en la playa una tienda con la vela”.</p>
<p>¿Qué nombre recibe esta “nube de fuego”?</p>	<p>Los marineros se encontraron con la muchedumbre, que se había agolpado en la playa pensando que una salida por barco de aquel infierno era posible. Algunos habían abandonado sus casas al caer los techos bajo el peso de las piedras. Otros habían conseguido cojines y los llevaban en la cabeza. Todos estaban ya cubiertos de sangre. Construyeron una tienda y todos se agolparon implorando protección. No había ya espacio dentro para moverse. Sin embargo la montaña todavía no había acabado con ellos. Plinio oyó que una mujer gritaba y alzó la vista. Leve, muy lejos pero aumentando en intensidad, vio una corona de fuego elevándose en el cielo. Una verdadera nube de fuego, una tormenta de ceniza incandescente.</p>
<p>¿Cuál será el principal gas de ese vapor?</p>	<p><u>Inclinatio (00.12h) 25 de agosto.</u></p> <p>Cuando la nube de fuego se apagó, dejando tras de sí todos los bosques y campos incendiados, unas lenguas de luz aparecieron en la cima rota del Vesubio y rodaron por las pendientes. No se apagaron ni siquiera llegando a la playa y siguieron brillando cuando se internaron en el mar. La lluvia de piedras amainó.</p>
<p>¿Qué nombre recibe esta “ola de fuego”?</p>	<p>Atilio había alcanzado ya una montaña cercana segura. Desde allí distinguió la ciudad de Pompeya. Mucha gente corría aún en el interior de la muralla, creyéndose protegida por esta. De repente un rugido tronante precedió un viento ardiente. Sintió el ardiente viento, una ola vapor ardiente que le abrasó las mejillas. Le llegó el olor de su cabello que se chamuscaba.</p> <p>Se retorció para liberarse de las piedras pómez, que le llegaban ya por la cintura. Entonces se dio cuenta de que la ola de fuego envolvía ya la muralla de la ciudad, rugiente, gaseosa. Aún pudo ver las torres de vigilancia, las columnas de templo de Isis ya sin techo, las casas derruidas. Y por fin el resplandor cubriendo todo aquellos, y la ciudad se desvaneció lentamente, para ser de nuevo ocupada por las sombras.</p>